

Servando Sacaluga

La ideología de Mahatma Gandhi



A independencia de la India, que significó la incorporación de la nación más importante de Oriente al concierto de las naciones libres, ha sido señalada repetidamente como uno de los hechos históricos de mayor trascendencia del presente siglo. Mas existe en la actualidad cierta tendencia a olvidar que el principal artífice de esa obra inmensa fué al mismo tiempo el representante máximo de la espiritualidad de nuestra época.

Y tal es el relieve que presenta la figura de Mahatma Gandhi.

La perspectiva que ofrece el pensamiento de este héroe y mártir de la India, cuya personalidad se destacó siempre con los ropajes inmaculados de la humildad y de la modestia, que ostentó hasta los últimos momentos de su vida, es de tal manera fértil en proyecciones intelectuales, espirituales y prácticas, que a menudo su multiplicidad de matices desorienta a quienes pretenden lograr una visión total de ella. Por otra parte, igual cosa ha sucedido en más de una ocasión a quienes han tratado de explicarse el hecho mismo de la independencia india, proceso que en sus métodos de acción, en los principios que la animaron y en los resultados que acarreó se aparta por completo de todo lo habitual a nuestro hemisferio. En lo que al Mahatma Gandhi se refiere, existe un factor que, en cierto modo, contribuye a alejarnos de su pensamiento, a interponer

entre él y nosotros una barrera: es aquel que se desprende de la circunstancia, no muy conocida, de haber encarnado Gandhi el más tradicional hinduismo, apartándose sólo en raras ocasiones de la línea que le trazaban los ancestrales principios de su milenaria nación.

Sin embargo, hay una lente a través de la cual el alma, la vida y la obra del desaparecido Mahatma se nos revelan con singular claridad y en la totalidad de sus contenidos. Y ella no es otra cosa que su *concepción religiosa*, desde la cual irradian su acción política, social y económica, sus métodos de batalla y su acción reformadora. Además, en el núcleo propiamente tal de dicha concepción podemos encontrar un manifiesto punto de contacto con Occidente, un aspecto que es especialmente asequible a nosotros. Es el que dice relación con la fusión realizada por el Mahatma Gandhi del "Bhagavad Gita" —compendio y cima de las escrituras sagradas de la India— con el Sermón de la Montaña, suprema enseñanza cristiana.

Esta conjunción, que Gandhi se propuso desde temprano, constituye el punto central de su ideología y de su pensamiento religioso, y es fruto de ese universalismo suyo que, según sus palabras, le hacía amar "la religión que trasciende el Hinduismo, que transforma nuestra naturaleza y que nos ata indisolublemente a la Verdad".

Se ha juzgado repetidamente la vida de este grande hombre desde el punto de vista de su obra política.

Muy errados están quienes así la juzgan, pues Gandhi no fué un político, y su intención no fué nunca la de hacer política. La autobiografía del Pandit Nehru, su discípulo y actual Presidente de la India, nos proporciona un testimonio de ello. Desde sus primeros encuentros con Gandhi, aquél advierte "la falta absoluta de perfiles políticos" en su mastro, que éste, en general, conservará hasta el fin. Por lo demás, la sola denominación de Mahatma, que en la India se aplica únicamente a los grandes líderes espirituales, habla claramente sobre el papel desempeñado por Gandhi en un país cuyas masas, eternamente sedientas de religión, sólo podían ser

puestas en movimiento por un genio religioso. En la India metafísica, poblada de buscadores de lo Absoluto, de yoguis, de anacoretas, de contempladores solitarios, todo adquiere un carácter religioso. La más alta clase social reconocida por los antiguos libros sagrados es la de los Bramanes, y representa a los sacerdotes de Brama, depositarios de la sabiduría divina e intermediarios entre el hombre y Dios a través de los sacrificios y de las escrituras, cuyo estudio les estaba reservado. Como tales, son superiores a los guerreros o príncipes, llamados kshatrias.

Parecería que en el inmenso subcontinente indostánico los hombres vienen al mundo con dotes especiales para la búsqueda de las causas últimas, con una sed de absoluto que les hace despreciar la vida terrena y buscar el Infinito y la solución de los problemas supremos. En consecuencia, sólo un hombre impregnado de esa atmósfera espiritual, en una palabra, sólo un director religioso podía realizar el despertar político de la India y proporcionarle un ideal sólidamente basado en las tradiciones religiosas de una nación esencialmente conservadora. "Mis motivos —decía Gandhi— han sido puramente religiosos. Me sería imposible llevar una vida religiosa sin identificarme con la Humanidad. Y sin participar en la política, no podría lograrlo, pues no conozco ninguna religión que se aparte de las actividades humanas". Si Gandhi intervino en la política, fué porque la consideraba como una rama de la ética y de la religión. Su lucha no perseguía el poder o la riqueza, sino que pretendía el bienestar de millones de seres oprimidos por la pobreza y las injusticias, gran parte de los cuales vivían en condiciones indignas de seres humanos. Y todo político que persigue estos fines con honradez, sin atizar odios y sin valerse del engaño, sirve inconscientemente los más puros principios de las más grandes religiones del mundo.

La vida del Mahatma Gandhi estuvo consagrada a realizar los valores eternos de la verdad, de la justicia y del amor, que para él se identificaban con Dios. "La Verdad —decía— es tal vez el más importante nombre de Dios, su denominación más ajustada y más

ampliamente significativa". Y extendía la búsqueda de la Verdad al pensamiento, a la palabra y a la acción. Una vez encontrada la Verdad, traía como consecuencia el verdadero conocimiento y la paz interior. Su gran método de acción, la no violencia, que representa la más avanzada ideología de nuestra época, era para él la expresión misma de la ley del amor y "la más perfecta flor de la Verdad inmanente y trascendente".

Como se ve, la no violencia, base de toda su gigantesca obra en la India, se derivaba de este su concepto de Verdad-Dios, y conducía al mismo tiempo directamente a él. "Dios es la Verdad y la Verdad es Dios", decía. Dicho concepto era asimismo para él la fuente del conocimiento y de la paz interior, es decir, de la felicidad y de la realización, y toda su vida fué un anhelo permanente por alcanzar esta realización de lo divino o Mukti, esta visión suprema de Dios que lo llevaría a la liberación espiritual, a la superación de los planos de conciencia terrenales, a la emancipación final de los lazos de la materia y de los inevitables ciclos de nacimiento y muerte, lo cual constituye una de las creencias esenciales del Hínduísmo. De qué otra manera, si no, podrían explicarse esas continuas meditaciones y oraciones, esos días de silencio que le llevaban a interrumpir bruscamente toda actividad, aún en los momentos más trágicos, y sobre todo la metódica y severa disciplina que se imponía a sí mismo, que, si bien traían como resultado el vigor espiritual que le era necesario para la eficacia del servicio a que estaba dedicado por entero, y que era su misión principal en la tierra, no lo conducían menos a su propia liberación por el desprendimiento que dichas prácticas implican de los lazos de aquello que nos rodea. Nada nos habla más claro al respecto que la inflexible regularidad, que nada pudo interrumpir jamás, de sus oraciones de la tarde y de la mañana, en las que se cantaban himnos sagrados de todas las religiones y en las que se meditaba sobre los Vedas, sobre la Biblia y el Corán, terminando dichas reuniones, por lo general, con un sermón de Gandhi, quien presidía envuelto en sus inmaculados ropajes de guía espiritual y de maestro.

Una tarde, como tantas otras, aureolada por la policromía de un crepúsculo que derramaba su magnificencia sobre los alminares y terrazas de Delhi, se encaminaba el anciano Mahatma por el césped de los jardines de Birla House, en medio del respetuoso silencio de una multitud que lo reverenciaba y que se unía a él en sus sencillas plegarias y en sus cánticos. Aquella tarde, marcada por el dedo del destino, presencié el fin del largo sacrificio del santo, que reintegró dócilmente su acento a la silenciosa armonía de la eternidad en un cántico supremo de renunciamiento y de abnegación. En adelante, su nombre llegaría a ser el símbolo de la unión y la armonía, y él mismo se convertiría en el genio titular de la concordia para todos los grupos raciales y religiosos de su patria.

El culto que Gandhi tributaba a la Verdad no era pasivo o contemplativo, sino eminentemente creador y práctico, transportado por completo al plano de la acción. El hombre puede buscar a Dios y encontrarlo sirviéndolo en sus creaturas con abnegación y en un total olvido de sí mismo. Conforme a este principio de la religión hindú, la acción de Gandhi se orientó lenta pero inevitablemente a la política cuando pudo comprender en toda su extensión los problemas más trágicos de sus connacionales: la pobreza, la injusticia, la opresión económica y las deplorables condiciones de vida del pueblo indio, que se debatía en una gigantesca pauperización. Desde entonces, Gandhi se entregó por entero a sus semejantes con el fin de cambiar ese estado de cosas. Es entonces cuando comienza lo que, a falta de otro nombre, ha sido denominada su acción política, que trajo como consecuencia la independencia de su país. Respecto a esto último, recordemos que, con ocasión de la Conferencia de Simla, en 1945, Gandhi insistió en que su propósito no era tanto la independencia como "el reinado del cielo en la tierra, el reinado de la Verdad y de la no violencia en todos los aspectos de la vida".

Y todo su sistema político, económico y social está basado en este anhelo profundamente moral y religioso que animaba su acti-

vidad, y que no era otra cosa que una realización espiritual a través del amor y la acción, o Karma Yōga.

“No soy un visionario —escribía—, pretendo ser un idealista práctico. La religión de la no violencia no está hecha sólo para los santos, sino que también para el hombre común. La no violencia es la ley de nuestra especie de igual modo que la violencia es la ley de la bestia, que no conoce sino la fuerza física. Y la ley humana debe obedecer a una ley más alta, cual es la de la fuerza del espíritu, que se manifiesta a través del amor”.

Paulatinamente, toda la India, dirigida por el Mahatma, fué probando con actos la fuerza de la Verdad o Satiagraha, aplicó los métodos de su guía y compartió sus ideales. Y en nuestra época de violencia y de hecatombes colosales ocurre algo inaudito: cuatrocientos millones de seres emplean un método no violento inspirado por las viejas tradiciones religiosas, y alcanzan la independencia sin armas, sin recurrir a la anarquía o al terrorismo. Un imperio poderoso que poseía una de las más sabias organizaciones de la riqueza acepta las condiciones impuestas por un guía espiritual voluntariamente despojado de bienes materiales, que jamás empleó la propaganda, que predicaba con el ejemplo y a quien inspiraba la certeza de dirigir una causa justa.

Tal fué el prestigio del Mahatma y de su causa, que todos los actos de éste adquirieron significación. Su abstención a participar en actos de carácter político era considerada como una posición e implicaba una actitud. Sus sermones, estrictamente religiosos, influían poderosamente en la solución de candentes problemas políticos y sociales. Hasta su silencio era una especie de palabra, y sus períodos de alejamiento o de enfermedad eran una forma de acción.

Mucho se ha hablado sobre los ayunos de Gandhi, los cuales no sólo trastornaban su país, sino que también repercutían poderosamente en el exterior. Ellos no constituían, como generalmente se cree, una forma de coerción política, tendiente a la obtención de ciertos resultados. Ellos eran para él una forma de oración y de purificación, una manera de entregarse totalmente a Dios para

expiar las violencias de sus amigos o de sus adversarios, para ofrecerse en holocausto ante las injusticias que sufrían los intocables o ante los odios desencadenados entre las razas y religiones de su patria. "Ningún hombre, si es puro, puede ofrecer nada más precioso que su vida", pensaba, y consideraba que la muerte era preferible a tener que presenciar los estragos de la injusticia, del odio y de la violencia. Ante su ejemplo, todos reflexionaban, retornando al sentido del deber y reparando los males cometidos. Por este motivo, pensaba que el sacrificio de su vida era agradable a la Divinidad, en cuyas manos se entregaba en dichas ocasiones.

¿Dónde deberemos buscar la fuente de los principios que animaron esta sublime abnegación y este incomparable espíritu de sacrificio?

En primer lugar, en el alma pura y generosa de Gandhi; y luego, en las enseñanzas de los dos libros que lo guiaron hasta sus últimos momentos: el Bhagavad Gita y el Nuevo Testamento.

Penetrado de ese universalismo religioso que predicaron los grandes sabios Ramakrishna y Vivekananda, inmediatos predecesores espirituales de Gandhi que llevaron a su culminación ese principio del Hínduismo que ve en las diferentes religiones otros tantos aspectos verdaderos de la Divinidad y de la verdad, Gandhi inició en su juventud el estudio de la esencia de las religiones, que lo llevaría a una síntesis espiritual. Ella le permitiría llegar a un concepto del que irradian su mensaje de cooperación a un mundo dividido, de no violencia a una humanidad herida de muerte por su política sanguinaria, y de sacrificio a una sociedad carcomida por la indiferencia y el egoísmo.

Vió el Mahatma con claridad el paralelismo existente entre los principios morales del Nuevo Testamento y el Bhagavad Gita, y de esta conjunción nació su concepto de la Verdad, que inmediatamente llevó a la práctica, consagrando su vida al servicio de los demás, humilde y activamente, consciente de sus limitaciones y con un dinamismo incesante. En este punto, hacia el que convergen el amor, el sufrimiento y la acción, verifica Gandhi su síntesis con el cristianismo, y en general, con los valores contenidos en las grandes re-

ligiones del mundo. En este hecho, que Romain Rolland mostró a Occidente, se basan su ideología y su obra toda, que posee proyecciones que sobrepasan y dejan muy atrás lo meramente material en sus aspectos económicos y políticos.

No obstante, los resultados obtenidos por el Mahatma Gandhi en estos últimos aspectos son simplemente asombrosos: además de la independencia de su patria, logra la destrucción de los inhumanos prejuicios que hacían tan desgraciada la vida de millones de intocables, divulga ampliamente el conocimiento de la higiene en un país azotado desde siglos por las más terribles epidemias, consigue la emancipación de la mujer y la intensificación de la agricultura, esto último como único medio de terminar con la miseria y la corrupción de los grandes centros industriales. A pesar de esta obra enorme, no bastan a Gandhi los frutos de su actividad. Tampoco los desea. El último significado que busca está en lo espiritual, su enfoque total está dirigido a lo trascendente, a lo divino. La ilusoria apariencia del mundo fenoménico es sobrepasada por él, como por otros sabios y contempladores de la India, que se sumergen en lo divino y respiran lo eterno. El no va directamente a ello, no se coloca al margen de la vida. Por el contrario, vive en la acción; pero, como dice el Bhagavad Gita, "con sus pensamientos concentrados en lo Absoluto, libre de egoísmo, sin el deseo de recompensa y con una mente en equilibrio".

En el Bhagavad Gita, que para Gandhi es "el libro supremo del conocimiento de la Verdad", obtuvo el significado final de la vida y del universo y el tesoro de normas éticas y de verdades trascendentes que sustentaron su acción y que lo guiaron durante toda su vida. Pues Gandhi estaba convencido que "el Hínduismo posee, como ninguna otra religión, la sutileza y la profundidad de pensamiento, la noción del alma y del sentido del universo". Y en ninguno de los libros sagrados de la India están estas nociones mejor expresadas que en el Bhagavad Gita, o Canto del Bienaventurado, poema en dieciocho capítulos que forman parte de la epopeya del Mahabárata. En él, el dios Krishna se dirige a un atribulado héroe

en la víspera de la batalla decisiva contra las fuerzas del Mal, y le imparte los consejos y principios que constituyen la esencia del Hinduísmo. Ellos contienen las ideas de realizaciones por medio de la acción, de renuncia a los frutos de ésta, de serenidad absoluta ante el éxito y la derrota, ante la alegría y la aflicción, ante el placer y el dolor. Superpuesta la mente a los sentidos, al egoísmo y a la violencia, alcanza el conocimiento final del universo y "el fin supremo", que no es otro que la santificante experiencia de la unión (o Yoga) con el alma universal, la liberación final del yo, la emancipación del alma de los lazos del Karma.

Conforme a estos principios, el Mahatma realizó su obra sin odio, sin resentimiento y sin ambición, alcanzando por ello un prestigio moral incomparable. Hasta sus enemigo lo veneraban, considerándolo como un ser de elevados ideales y de vida ejemplar. Su conducta para con ellos se puede resumir en la siguiente frase, pronunciada por él en una ocasión:

"Mi amistad exige que os haga comprender vuestros errores, y mi religión me prohíbe toda animosidad hacia vosotros. Aún cuando lo pudiera, no levantaría la mano contra vosotros. Os quiero vencer únicamente con mi sufrimiento".

Este hombre, en medio de las pasiones desatadas y de la violencia técnica del siglo XX, responde al odio con el amor y se sacrifica hasta por sus enemigos. En medio del más crudo materialismo que ha presenciado la humanidad, predica y practica el desapego de lo material, proclama la superioridad del espíritu y lleva a cabo, no obstante, las más increíbles realizaciones en el campo de lo práctico. En el apogeo del maquinismo y de la técnica, afirma que el perfeccionamiento material es inoperante y hasta fatal cuando no va complementado con una superación espiritual, mediante la cual el hombre trasciende la materia y se proyecta hacia algo más noble. Duda que "la época del acero sea un progreso con respecto de la Edad de Piedra" y desconfía de todo aquello que precipita al hombre en una megalomanía que le hace olvidar sus limitaciones y que mata sus sentimientos y su espíritu. Rechaza la industrial-

zación de tipo occidental, que destruye la nobleza del trabajo, que aniquila la personalidad del trabajador en labores rutinarias y mecánicas, y que trae como consecuencia inevitable la amargura, el odio y los peores conflictos. En cambio, propicia la vuelta a la sencillez, a la vida individualista y sana de los campos, de tipo patriarcal y libre de las destructivas condiciones de vida de los centros industriales. El mismo da el ejemplo, viviendo humildemente y dedicando una hora diaria a hilar en su rueca, que pronto se generaliza en toda la India y que arruina a los grandes industriales ingleses.

Tal es su lección de humanidad, especialmente preciosa en los momentos en que el orgullo de los hombres arrastra al mundo hacia lo desmesurado y a la más total deshumanización.

Y afirma que todo adelanto debe comenzar por lo interior, venciendo la codicia y los egoísmos individuales y colectivos, y no por lo externo.

Tal es el mensaje de Gandhi a los reformadores y políticos, que se desesperan ante la agonía del mundo, ante el derrumbe de los sueños colectivos y ante la impotencia de la ciencia, la cual, en lugar de ser un factor eminentemente creador, ha pasado a ser una cooperadora de la fuerza de la destrucción. "La única lección que Occidente ha mostrado al mundo con letras de fuegos —decía Gandhi— es que la violencia no conduce ni a la paz ni a la felicidad, y que el culto de ella no volverá ni más felices ni mejores a los hombres". Por el contrario, este culto, en un fatal encadenamiento de causas y efectos, sumirá al mundo en el caos si Occidente no retorna a los olvidados principios que le dieron vida, abandonando su fe en la fuerza bruta, que lo ha llevado al aniquilamiento.

El Mahatma Gandhi no sólo fué una bendición para su patria, por la cual sacrificó su vida, sino que fué una bendición para la humanidad, a la que recordó que el hombre no es un animal nacido para hacer daño, y a la que señaló nuevamente un camino que había olvidado, y que, sin embargo, es el más lógico y el más humano de todos. Por eso, su voz seguirá resonando en los corazones de aquellos que todavía creen en la fuerza del espíritu, y que son capaces de captar las vibraciones del amor y de la bondad.